

Sofronias, ciudades en fiesta

Neutra

PALABRAS CLAVE: TEMPORALIDAD; ALTERACIÓN; SENSORIALIDAD; INTENSIDAD; LUGAR; ESPACIO URBANO; MULTITUD; APROPIACIÓN.



“La ciudad de Sofronia se compone de dos medias ciudades. En una está la gran montaña rusa de ríspidas gibas, el carrusel con el haz estrellado de sus cadenas, la rueda con sus jaulas giratorias, el pozo de la muerte con sus motociclistas cabeza abajo, la cúpula del circo con su racimo de trapecios colgando en el centro. La otra media ciudad es de piedra y mármol y cemento, con el banco, las fábricas, los palacios, el matadero, la escuela y todo lo demás. Una de las medias ciudades está fija, la otra es provisional y cuando ha terminado su tiempo de estadía, la desclavan, la desmontan y se la llevan para trasplantarla en los terrenos baldíos de otra media ciudad.

Así todos los años llega el día en que los peones desprenden los frontones de mármol, deshacen los muros de piedra, los pilones de cemento, desmontan el ministerio, el monumento, los muelles, la refinería de petróleo, el hospital, los cargan en remolques para seguir de plaza en plaza el itinerario de cada año.

Ahí se queda la media Sofronia de los tiros al blanco y los carruseles, con el grito suspendido de la navicilla de la montaña rusa invertida, y empieza a contar cuántos meses, cuántos días tendrá que esperar antes de que la caravana regrese y la vida completa vuelva a empezar.”

Italo Calvino, *Las Ciudades Invisibles*



Amsterdam, Koninginnedag

El cíclico acercamiento del 30 de abril desata la ocupación de las calles de las ciudades holandesas para celebrar *Koninginnedag* (Día de la Reina). Ámsterdam es el escenario privilegiado de tan festejada efeméride; la ciudad y sus canales se convierten en excepcional soporte tomado por cientos de miles de ciudadanos, visitantes y curiosos turistas, ávidos de diversión y espontáneo delirio.

El cumpleaños de la anterior reina Juliana de Orange-Nassau y la coincidente investidura en 1980 de la actual reina Beatrix son actualmente la excusa celebrativa de dicha fecha, inicio colorido de la primavera holandesa. El naranja tiñe todo atuendo, adorno, complemento o sombrero del paseante, color que mágicamente funciona como insignia para incorporar a cada individuo a la gran fiesta colectiva. Todo el ambiente urbano se barniza con banderas, globos y guirnalda naranjas que flotan en un fervoroso ambiente de exhibición de talento e imaginación.

Teatros al aire libre y juegos infantiles se despliegan por el *Vondelpark*; rincones, esquinas y plazas se llenan de música en vivo, intérpretes, dj's y grupos que invitan al baile a los cada vez más acalorados espectadores; los canales se inundan de barcos y botes que, desbordados de gente, música y de todo tipo de estimulantes, navegan a la deriva de la fiesta.

En esta exuberante transformación urbana se recrea y se escenifica además la esencia holandesa de las relaciones humanas: la casa y sus objetos ocupan la ciudad, se exhiben en las calles, la habitación. Desde la madrugada, familiares y amigos reservan una porción de espacio público (acera, escalera, bordillo) para colocar sus pertenencias obsoletas, ropas o utensilios. Las calles y orillas se convierten en un hermoso escaparate urbano donde lo doméstico se exterioriza y la venta y el *nec-ocio* informal dan lugar a la celebración de múltiples transferencias de intimidades. MPR



De izquierda a derecha y de arriba abajo fotografías de:
 Jos Dielis,
 Emmaline,
 Susan Stone,
 Susan Stone,
 J. Aaron Farr,
 Jacobine van Dijk.

Montecarlo, Monaco Grand Prix

Coincidiendo con el Día de la Ascensión y a las faldas del gran casino de Garnier, año tras año la pequeña y escarpada Mónaco se convierte, durante un fin de semana, en el epicentro de la élite social europea. Uno de los más antiguos circuitos de velocidad se extiende por las estrechas calles de la ciudad turística más importante de la costa francesa, transformándola al completo en soporte de este evento deportivo.

El acontecimiento que supone el gran premio de F1 transfigura la ciudad. En torno a las viejas calzadas sobre las que habitualmente circulan lujosos turismos, los balcones hacen las veces de palcos donde ver y ser visto; las escaleras y muros se convierten en anfiteatros de primera fila; las terrazas de los cafés pasan a ser *foyers* en los que departir mientras los monoplazas pasan a más de 280 Km/h. Incluso la lámina de agua del puerto adquiere la cualidad de privilegiado patio de butacas formado por embarcaciones. Toda esta metamorfosis se tiñe de los colores de las diferentes escuderías, del inconfundible olor a gasolina, neumático quemado y del omnipresente sonido de motores de 1000 c.v. a punto de reventar. El trazado del circuito muta los flujos urbanos y tatúa el asfalto de sus calles con una nueva maraña de líneas de tráfico, materialización temporal que invita, año tras año, a llevar al límite de lo prudente el ritmo de la buena vida de la ciudad.

A pesar de tratarse de un evento para un público de alto poder adquisitivo —haciendo de la ciudad un escaparate paradigmático del ritual de las apariencias y las formas sociales— la celebración conlleva la inevitable relajación de las diferentes normas que regulan lo urbano, como la generación espontánea de espacios de relación y la cesión provisional a la ciudadanía de la posibilidad de apropiación del espacio colectivo. Sin embargo, el Grand Prix ha perdido su carácter temporal; los eventos automovilísticos se extienden a lo largo de todo el año, tematizando aún más la ciudad, transformándola en un edulcorado Coney Island contemporáneo: tecnología celebrativa que ha construido un delirante parque de atracciones permanente de carreras de coches y un zoológico de alta sociedad sumida en un eterno estado de hedonismo. FPdP ●



De izquierda a derecha y de arriba abajo fotografías de: Daragh Mc Grath, Sasa Mutic, grabado de Coney Island, y fotografías de Simon Waldren, Peter Wilson, Pat Guiney.

Lahore, Basant

Con el inicio de la primavera Lahore, la *Ciudad de los Jardines*, celebra el Basant. Durante varios días sus habitantes inundan el cielo de miles de cometas; un gran juego urbano, en el que se entremezclan el disfrute ante la magnitud del espectáculo y la competición por volar más alto y derribar, violentamente, al vecino más cercano.

El festival se inaugura en el entorno de la mezquita Badshahi y en las entrañas del Fuerte de la ciudad —lugar fundacional abierto excepcionalmente para la ocasión— con el izado nocturno de cometas iluminadas por los focos de los boyantes estudios de “Lollywood”. El vuelo se realiza, oficialmente, en

los múltiples parques y jardines; pero la gran mayoría de los ciudadanos prefiere hacerlo desde las cubiertas del centro histórico, contexto especialmente denso.

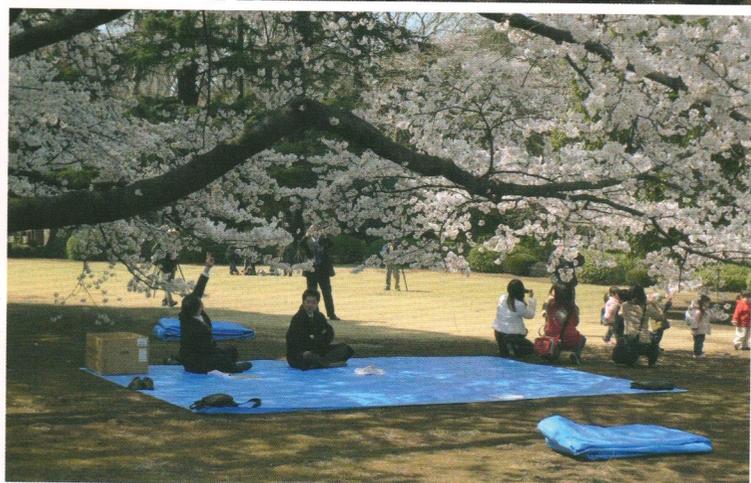
La extensa red de azoteas, en principio meros lugares estratégicos para competir mejor, es apropiada masivamente y transformada en un gran espacio público. Este lugar desvelado se ubica a una distancia espacial, temporal y simbólica del suelo, soporte de la vida cotidiana. La cota de las terrazas, normalmente oculta, asume la complejidad de albergar la actividad urbana durante estos días; simultáneamente acoge a competidores y espectadores, reúne

a familiares y amigos y se transforma en improvisados comedores en los que celebrar cenas al aire libre. Los ciudadanos deambulan por esta urbe elevada convertidos en nómadas de la fiesta.

En el Basant el plano tangible de las cubiertas, en un ejercicio que en su espontaneidad se asemeja al propuesto por Toyo Ito en el *Roof Garden Project* en Tokio, es soporte de relaciones inmateriales y plataforma para la conquista del cielo como material de paisaje. La fiesta ocasiona el mayor de los jardines de cuántos posee esta ciudad pakistani: un inmenso horizonte efímero de flores de papel que vuelan por la agitación de sus habitantes. JASM ●



De izquierda a derecha y de arriba abajo fotografías de: Usman Ahmed, Rehan Fazal, Jawad Zakariya, maqueta de *Roof Garden Project* en Tokyo de Toyo Ito.



De izquierda a derecha
y de arriba abajo:
fotografía de **Robert Paul Young**,
grabado de **la cabaña
primitiva de Laugier**,
fotografías de **Lukas Kurtz**,
Jacob Ehnmark,
Bryan Hollar,
Clone of Snake.

Tokio, Hanami

Llegada la primavera, los becarios de las grandes empresas japonesas encuentran una ocupación añadida a interminables horas de trabajo. Antes de llegar a la oficina, de madrugada, emulan la operación del famoso gato de Siza: provistos de una manta, deambulan por los parques urbanos, buscando una localización para reservar: un sitio bien cubierto por las ramas de los cerezos en flor, con buenas vistas, suficientemente soleado, amplio para acoger a un grupo numeroso de personas, ni muy alejado ni demasiado cercano de donde horas más tarde se montarán los puestos de sake y cerveza.

El celo en la elección se traduce en prestigio profesional y la disputa por un lugar privilegiado llega

en ocasiones a las manos, ya que el éxito del acontecimiento comienza por una buena implantación: tanto jefes como empleados son conscientes de ello y disfrutan de la distensión que se inicia a media tarde, tras la jornada extenuante, cuando la asepsia de las relaciones sociales da paso a la cercanía casi familiar de la charla y la bebida, que se prolonga hasta que las luces del parque y los santuarios languidecen, invitando a iniciar el camino de vuelta a casa.

Más allá del acto fundacional del emplazamiento, del espectáculo contemplativo y la celebración del *picnic*, la popular fiesta de Hanami (literalmente en japonés, *ver flores*) plantea una cuestión fenomenológica singular. La sombra leve de la flor del

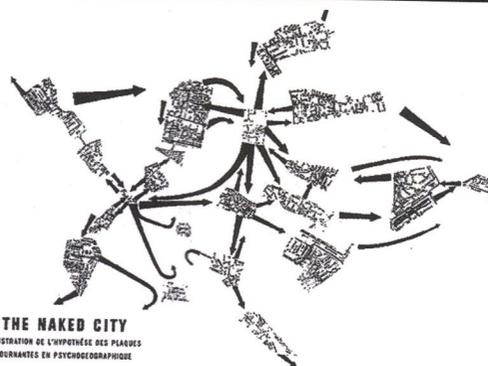
cerezo es mínimo refugio, que multiplicado en miles de ramas constituye una alternativa ciudad; su aroma caracteriza un espacio, que proliferado marca un lugar; su color y su forma son ornamento, que reproducido hasta el infinito deviene una escenografía excesiva. Junto a los árboles, el aire limpio de finales de marzo, el contacto de la piel con la hierba fresca, el sonido cercano de la música y el jolgorio; el Hanami retrotrae por igual a la naturalidad fundacional de la arquitectura exaltada por Laugier como avanza hasta la imperceptibilidad sofisticada y feliz de la filmina transparente referida por Ito. El evento resulta un recuerdo bergsoniano del valor de la duración, apuntando a la belleza primitiva de una arquitectura de los sentidos. PGM ●

Sevilla, Semana Santa

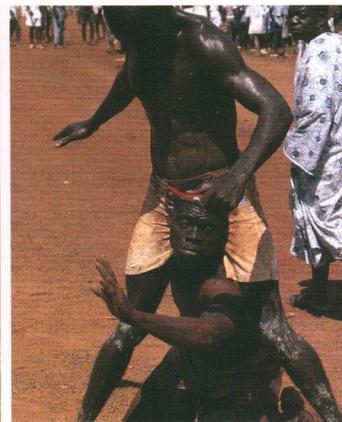
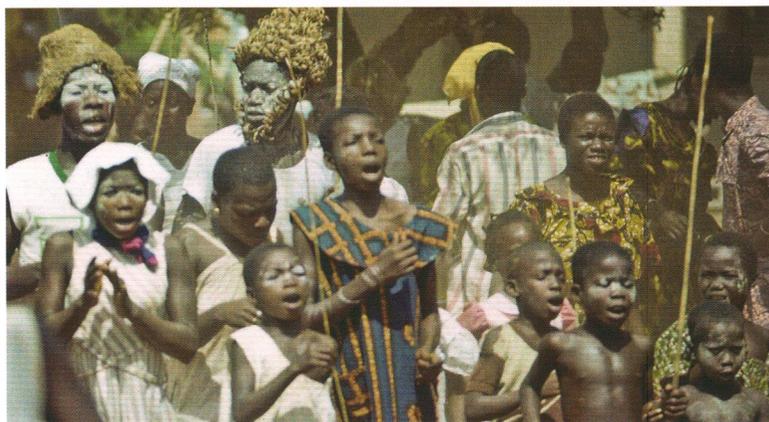
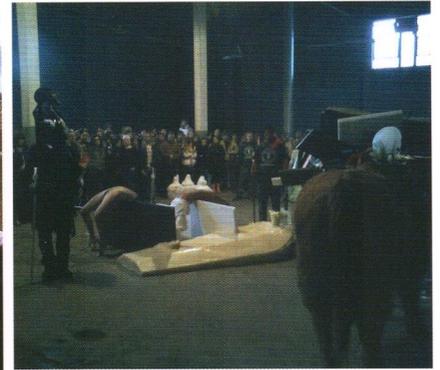
Con el pretexto de escenificar un culto religioso, cada año se rehace en Sevilla una ciudad oculta, una manifestación construida inconscientemente por las personas, que reedita una fuerte territorialización, física y simbólica, en torno al centro histórico. Durante una semana este contexto se convierte en una gran alfombra pública en la que las condiciones urbanas originales se ven alteradas por la improvisada falsificación de las dimensiones de los espacios, los factores temporales y sensitivos. La realidad urbana, normalmente ahuecada por la rutina del funcionamiento, es rellenada por una masa viva que construye nuevos espacios.

La celebración se basa en una serie de procesiones que protocolariamente siguen unos itinerarios dentro de un orden preestablecido y estricto. Esta exacta programación espacio-temporal redefine el espacio público: mapea trazas continuas y señala puntos de máxima intensidad, lo cual hace que la percepción se distorsione. Las transformaciones que se producen son diferentes según el criterio del habitante y su posición respecto a la ciudad. Realidad y ficción se mezclan para crear la atmósfera que habilita esta metamorfosis urbana. Sobre este escenario psicogeográfico podemos descubrir que las derivas propuestas por Debord se desarrollan involuntariamente, ya sea en el seguimiento exhaustivo de los desfiles procesionales, intentando *surfearlos* a contracorriente o manteniendo la actividad cotidiana ajena a la celebración. Se producen situaciones inesperadas, ambiguas, bañadas por un halo de misterio que resaltan valores urbanos insospechados. Remolinos de ciudadanos junto a corrientes de actividad frenética malean el espacio público, el cual expande su dimensión vertical a las fachadas, cuyos balcones convertidos en miradores, hacen que adquieran profundidad, quedando los interiores expuestos.

Existe esa ciudad que subyace esperando a aparecer cuando las personas, atendiendo a una voluntad externa a la planificación urbana, que sigue el devenir de los acontecimientos, en este caso del culto y la tradición. En cualquier caso, como dijo Marco Polo al gran Kublai Jan, no se debe confundir nunca la ciudad con las palabras que la describen. AGL ●



De izquierda a derecha y de arriba abajo fotografías de: Jorge Yeregui, Miguel Jiménez, Alice Chen, mapa psicogeográfico de Guy Debord y fotografías de Ángel Chacón.



Todas las fotografías de Georges Courreges, excepto arriba-derecha: instalación de Matthew Barney por Bromirski.

Gomon, Fiesta del Dipri

Cada año en Gomon, Costa de Marfil, alrededor del mes de Abril y coincidiendo con el comienzo de la estación lluviosa, se celebra multitudinariamente la *fête du Dipri* o *fiesta del Dipri*. En ella se dice adiós al año viejo, despidiéndose simbólicamente a su cortejo de muerte y miseria. Como muchas otras fiestas en el África, el Dripi tiene su origen en la conmemoración de una terrible hambruna que afligió en la antigüedad al pueblo Abidji. La celebración, a día de hoy, supone la mayor expresión mística existente en un contexto urbano. Durante 24 horas, Gomon queda suspendido en un conjunto de rituales voluptuosos que refundan del sentido de la ciudad.

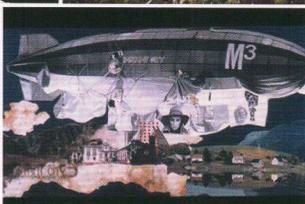
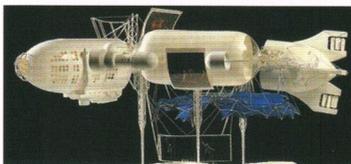
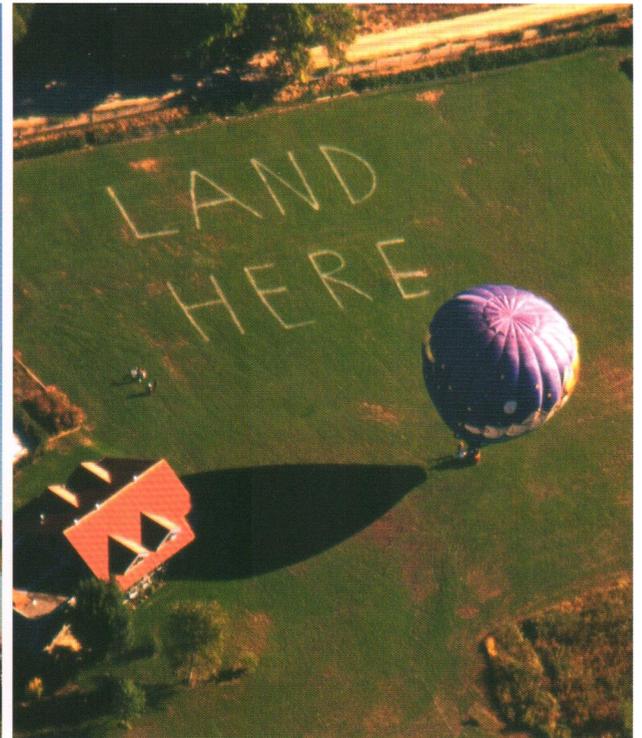
A media noche, las mujeres y niños desnudos, salen sigilosamente de sus casas para comenzar

un ritual danzante, que sólo terminará cuando al salir el sol los hombres se dirijan al río para recibir los baños preparatorios. Una vez que hombres y mujeres han realizado sus respectivos rituales iniciáticos, la población al completo entra en trance alrededor de la arteria principal de la ciudad. Se profieren gritos inhumanos, se agitan los cuerpos convulsos, y los ya iniciados (Séképouéné) se producen a sí mismos enormes heridas en la lengua y el abdomen, para extraer las vísceras y purificarlas ante la recién llegada agua de lluvia. Sorprendentemente, nadie muere ni queda herido tras el ritual.

La fiesta del Dripi es una celebración ancestral, donde la refundación de la ciudad se simboliza en una conciencia física y espiritual común, que

inspira un principio de auto-conservación compartido. Cada año, la ciudad recuerda que su futuro depende del resguardo de una conciencia y una sola carne palpitante.

No hace mucho Matthew Barney parecía exorcizar los malos espíritus de la ciudad de Nueva York con un ritual de características semejantes: cuerpos desnudos, un herrumbroso chrysler machacado, urnas funerarias y un gigantesco toro engalanado con flores y con la cornamenta teñida de oro. Allí se representaba carnalmente la muerte de la Nueva York atemorizada, castrada, para dar paso a una Nueva York que quería volver a la vida. CGDC ●



De izquierda a derecha y de arriba abajo fotografías de: Joe Ross, Kathleen Andersen, imágenes de Archigram Instant Cities, fotografías de Kevin Slavin, Joe Ross.

Albuquerque, Albuquerque International Balloon Fiesta®

Durante una semana de octubre y a primera hora de la mañana, la aparición en el cielo de Albuquerque de una multitudinaria constelación de coloridos globos aerostáticos, recuerda a sus habitantes que esos artefactos aterrizarán en algún momento y lo harán en cualquier parte, trayendo consigo acción, bullicio y diversión.

La mayoría de estos aerostatos vuelven al Balloon Fiesta Park, parque público que acoge el evento; sin embargo en ciertas ocasiones esto no ocurre, bien por razones climatológicas, por propio deseo de la tripulación o porque sea tal la cantidad de participantes que no haya espacio suficiente para todos. Es entonces cuando la improvisación se incorpora a la celebración y entran en juego la multitud de *terrains vagues* y grandes extensiones sin urbanizar con los

que cuenta una de las ciudades menos densas del país (34 hab/km², posición 99 entre las 100 mayores áreas metropolitanas de EE UU). El “llenado” de estos lugares vacantes, generando una suerte de red de *Instant Cities*, dota a la ciudad de una densidad fugaz inimaginable el resto del año.

Sin embargo, la progresiva urbanización del territorio y de los espacios obsoletos está haciendo desaparecer estos vacíos, hasta tal punto, que los promotores del evento, organizaciones cívicas y vecinales, el ayuntamiento y otras instituciones han empezado a articular mecanismos de gestión que inducen, durante la fiesta, a compartir los espacios libres disponibles: estadios, patios de recreo, campos de golf, parques, la reserva india e incluso la propiedad privada. Mediante el programa *X Marks the Spot*

se invita a colocar una gran sábana blanca a los propietarios de más de media hectárea de terreno, indicando así que se ofrece suelo para aterrizar; todo un manifiesto: la celebración invade el férreo espacio doméstico norteamericano. Simultáneamente, se ha iniciado un proceso para conservar aquellos lugares indefinidos pero habitualmente usados por la fiesta; con ello se regla esa ausencia urbana que describía Ignasi Solá-Morales.

Un cierto *lightness*, tendencia a la suma delgadez que deriva en un tejido urbano sin densidad según Isozaki, se torna en una cualidad sorprendente que, aunque a priori sea antiurbana, paradójicamente produce algunos de los momentos y lugares de máxima intensidad y sociabilidad de esta ciudad. VMG ●

De izquierda a derecha y de arriba abajo fotografías de:
*Steffen Sauder,
 Norbert Blech,
 Hannes Ottsch,
 Thoralf Schade,
 Norbert Blech,
 Über Mich.*

Berlín, Christopher Street Day

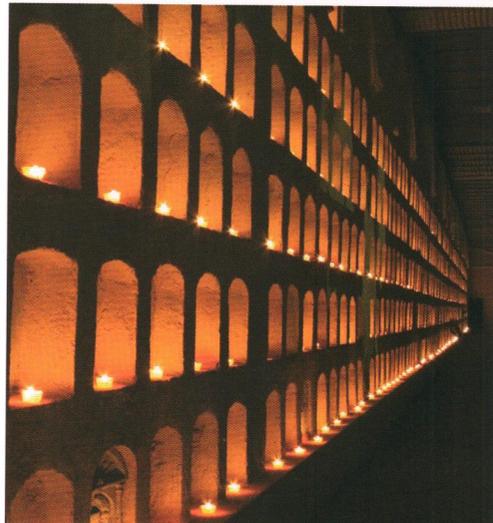
Como si de un moderno Hamelín se tratara, cada 28 de junio la música *dance* invita a abandonar Schöneberg o Prenzlauer Berg —tradicionales barrios gay de Berlín— a miles de homosexuales que, convertidos en una marea multicolor, reclaman para la fiesta los principales espacios de tránsito y de consumo de la ciudad.

Desde finales de los setenta se organiza esta marcha en la que se conmemora la revuelta de Stonewall de 1969, cuando en la neoyorkina Christopher Street la comunidad gay plantó cara al cierre sistemático de los locales homosexuales. En estos treinta años de reivindicaciones, la celebración de la capital alemana se ha erigido en referente mundial, adquiriendo un carácter cada vez más festivo y atrayendo a un público que supera ampliamente la escala local e incluso la orientación sexual.

El desfile actual provoca la transformación del centro de la ciudad en una gran pista de baile. La música envuelve el Reichstag y el resto de símbolos de poder alemán, reducidos a meros decorados para la fiesta, animando y desinhibiendo al gentío que jalea el paso de las carrozas. Éstas, convertidas en discotecas móviles, integran e involucran al público como parte activa de la celebración, disolviendo la separación actor-espectador en una entropía de la que todos participan.

Este desorden de gente que baila y se divierte apiñada vulnera el sometimiento del cuerpo en el espacio público del que habla Foucault. El cuerpo masculino, lejos de su imagen de instrumento de dominio, aparece como objeto de deseo. El cuerpo dócil del día a día, normalizado en su cotidianeidad útil e inofensiva, se exhibe orgulloso y trasgresor abriendo la puerta a la sexualidad y al contacto en el espacio colectivo. Por un día y refugiada en la masa, esta intimidad relegada a ámbitos menos visibles toma la ciudad. JMGc ●





Oaxaca, Día de Muertos

La tradicional fiesta de todos los santos del calendario cristiano toma un cariz de color, alegría y evocación en México, donde la celebración del Día de Muertos se torna en una explosión sensorial en la que la muerte se acerca a la vida en forma de ritual de convivencia.

En Oaxaca, el festejo invade durante varios días la totalidad de la ciudad. En los espacios públicos y las viviendas se construyen exuberantes "altares de muertos" y senderos para "guiar a las almas"; arquitecturas efímeras constituidas por un colorido mosaico de elementos simbólicos y ofrendas, en cuya cuidadosa ejecución todos los miembros del colectivo participan.

Pero más allá de la ciudad habitada, la expansión festiva se extiende hasta alcanzar la ciudad de los muertos. Los habitantes peregrinan hacia los cementerios, que convertidos en multitudinarias y

alegres verbenas, pierden su tradicional y funcional concepción para acoger la velada de comunión y despedida entre vivos y difuntos.

En el camposanto las tumbas, cual decorados para la fiesta, se adornan, embellecen, iluminan y aromatizan profusamente. En torno a ellas, la comida, la bebida, la conversación e incluso la música se comparten con los seres queridos, y un ambiente mágico y festivo invade el lugar.

El cementerio pierde cualquier connotación de dolor, muerte e inmovilidad, para adquirir un nuevo significado, transformándose asombrosamente en un espacio vivo y escenográfico preparado para recibir el encuentro de los dos mundos. Punto final de una celebración en la que la espiritualidad, a través del estímulo y exaltación de los sentidos, aúna toda la ciudad, pues para *todos* y en todos sitios tiene lugar la fiesta. AFG



De izquierda a derecha y de arriba abajo fotografías de:

Benito,
José C. Miguel Vázquez,
Mark Páxpost,
José María Noriega,
José María Noriega,
Chris Stowens,
José María Noriega.

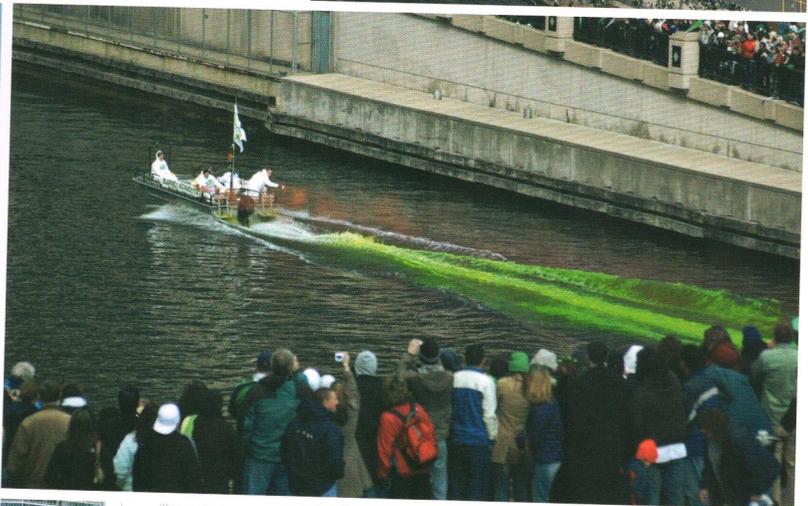
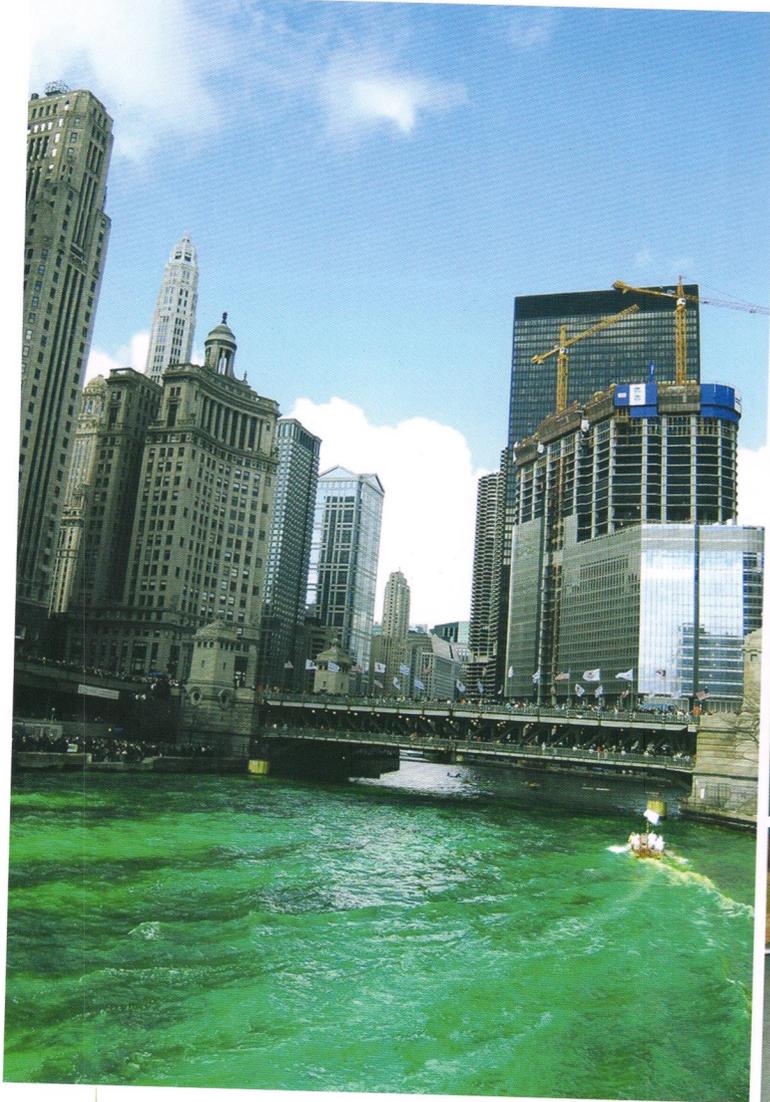
Chicago, St Patrick's Day

La fiesta a veces se amplifica cuanto mayor es la distancia respecto a una celebración original. Algunas culturas emigradas que están acostumbradas a la festividad urbana reivindican sus celebraciones con una exaltación inusual en las ciudades de acogida. Por eso los carnavales caribeños de Londres y Nueva York son exponencialmente mayores a los que corresponderían a las comunidades emigradas a la que representan.

Entre las culturas desplazadas que celebran, los irlandeses son un caso significativo. Representado la mayor comunidad de inmigrantes en la historia de EEUU, se trata de un pueblo tan asociado a la celebración que hoy casi todos sabemos de la existencia de la fiesta de San Patricio. En la ciudad de Chicago esta festividad toma un cariz especial desde 1962, cuando el concejal de fiestas de la ciudad tiñó el canal del río Illinois con una sustancia verde no tóxica, normalmente usada para detectar los

escapes de las tuberías. El río verde, como si surtiera de un manantial nacido en Irlanda que tras cruzar el atlántico llega a la ciudad remontando el Mississippi, se puede apreciar desde la Avenida Michigan o Columbus Drive. La espectacularidad de la instalación es tal que la actividad de la ciudad se ralentiza, los niños dejan de ir al colegio, la gente colapsa la calle —incluso ha tenido que trasladarse la celebración al sábado anterior al día de la onomástica.

Esta fiesta amplificada, que magnifica la presencia de los irlandeses en la ciudad, registra la realidad de una manera intuitiva, y quizás lo haga de un modo no muy diferente a la amplificación de la realidad sensual y sensitiva de proyectos tan sofisticados como el *Green River* de Olafur Eliasson (1988), donde el autor anima al observador a reflexionar sobre su percepción del mundo físico en un acto de “percibirse a uno mismo sintiendo”. NAL ●



De izquierda a derecha y de arriba abajo fotografías de: Hans E. Hyttinen, Bulu Chien, Jaymce (jaymce.com), Chris Diers, Kevin Barnett, Michelle M. Clhebek, Jeff Giles.

Montevideo, Candombe y Llamadas

"Alegría por doquier aunque se ve la pobreza, son morenos de grandeza que viven para sufrir. Su alegría permanente el chas chas del tamboril. De los años ya pasados, de los parches también rotos; de los blancos que bailando se quedaron con nosotros"

ESTROFA DE UNA LETRA CANTADA POR UNA COMPARSA.

Los días domingos y feriados, en los barrios de Montevideo se produce un diálogo rítmico que invita a una gran fiesta popular denominada "Llamadas". En algunas esquinas de los distritos históricos se enciende el fuego para templar las lonjas de los tambores y marcar el lugar. Tras este acto que incorpora al paisaje urbano un elemento inusual como el fuego, se inicia el desfile y su ritmo contagioso, "el Candombe", invita a los vecinos a sumarse al fluir de su itinerario por calles y plazas, hasta concluir con el encuentro y reunión de los distintos grupos en un mismo punto.

En su origen, el candombe era una danza dramática y religiosa que congregaba a los esclavos africanos y sus descendientes. Las danzas se celebraban el 6 de enero, "Día de Reyes", rememorando la coronación de los reyes Congos. Estos rituales que se realizaban al aire libre o en salas religiosas fueron prohibidos y duramente castigados hacia fines del siglo XIX por la población blanca montevideana que los consideraba un atentado a la moral pública. No obstante, la población negra asentada en "conventillos" de los barrios Sur y Palermo conservó sus danzas y el toque de los tambores. Surgieron así dos emblemáticas "cuerdas de tambores" provenientes de estos barrios, que desarrollaron sonidos propios a través de los cuales se "llamaban" y reconocían.

Hoy en día en casi todos los barrios de Montevideo existe una agrupación "lubola" (integrada por negros y blancos) que cada domingo se reúne a tocar y bailar su propio candombe y desfilan por las calles de su barrio acompañados por el baile de los vecinos que se acercan. De estas manifestaciones populares surgen las comparsas que anualmente acuden al desfile de "las llamadas", una de las fiestas de mayor color y popularidad del carnaval montevideano que recorre las calles de los barrios Sur y Palermo. FPB 

Todas las fotografías: www.candombe.com
Mural de Alvaro "Neco" Bordagorry.

